



Refugios en Hanoi.

EL FUTURO BAJO LAS BOMBAS

Sábado 23.—No cuesta mucho trabajo aprender a reconocer la silueta de los «F-5». Un cuarto de hora después de que nuestro «Ilyuchin» franquee la frontera laosiana, surge de entre las nubes, a trescientos kilómetros por encima de nuestras cabezas, una escuadrilla. Cinco aviones en formación de V. Una simple tarjeta de visita para que todos, soviéticos y demás, se enteren o se convenzan de que el cielo vietnamita es del señor Nixon.

Nuestro aparato toma tierra, y el camino que va desde el aeropuerto de Giam-Lam hasta el hotel Ton-Nhat, desde el puente Doumer, derrumbado sobre el río Rojo, hasta el pequeño lago, es representativo del Vietnam más sereno, más cotidiano, más... trivial. La acogida es cordial, alegre: tocadas con sombreros más cónicos aún que los utilizados en la época de la dominación francesa, las muchachas ríen ruidosamente; los muchachos juguetean sobre los taludes de defensa pasiva; el hotel aparece somnoliento y umbroso. Es sábado.

No sólo entre las nubes se encuentra uno a aviadores americanos. He aquí a tres de ellos en el salón del hotel Hoa Binh. Liberados hace ocho días, estos pilotos tienen derecho a disfrutar esta noche, quien con su madre, quien con su mujer, de una «velada musical» con la mejor compañía de Hanoi. Durante dos horas, estos tres hombres

que deben de llevar en su haber, entre los tres, unos trescientos bombardeos sobre Vietnam del Norte, sus ciudades y sus hombres, son agasajados como amigos queridos, como viejos huéspedes a quienes se trata de dejar un grato recuerdo. Hay que venir a Vietnam para ver algo semejante. ¿En qué otro país del mundo encontraríamos nada semejante? Intentemos imaginar una fiesta artística organizada en Londres en 1941 en honor de los pilotos de Goering derribados sobre Coventry...

Domingo 24.—Larga entrevista con Hoang Toung, director del diario del partido, «Nhan Dan». Un hombre muy inteligente, que cuida todos los matices. Parece que se aproxima un acuerdo. Pero tal compromiso, que permitirá a los americanos seguir teniendo una influencia y disponiendo de unos medios de acción al menos indirectos en el Sur del país, exigirá una intensa vigilancia por parte de Hanoi y de sus aliados del GRP. Los triunfos que tienen en su mano Thieu y sus amigos siguen siendo considerables. Es mucho lo que queda por hacer todavía para detener la guerra. Y mucho más aún para construir la paz.

Lunes 25.—Cuando en el siglo XIII los invasores mongoles evacuaron finalmente Vietnam, un notable patriota presentó al Em-

perador Tran, jefe de la resistencia, una lista de los individuos que habían colaborado con el ocupante del Norte. El soberano la arrojó al fuego antes de leerla. Lo mismo queremos hacer nosotros si es que hubiese que cortar cabezas». Son estas palabras de un alto funcionario vietnamita. Desde hace una hora, este funcionario se esfuerza en demostrarme que la política que habrá de practicar en el Sur ese Gobierno de «concordia» tripartito del que hablan el GRP y Hanoi será realmente una política de reconciliación nacional. Ha pasado la hora de las proscripciones. ¡Si los hermanos empiezan a depurarse entre sí! Creo incluso haber entendido que hasta Thieu, si quisiese...

En la escalinata de la residencia presidencial aparece el primer ministro, Pham Van Don. Me ha invitado a una entrevista para «reanudar contactos» y preparar otra más amplia. Pham Van Dong ha encanecido, pero bajo su pelo, de un plañido pálido, la tez ofrece un aspecto sano. Según me han dicho, no quiere que se le hable de la enfermedad que le ha mantenido alejado de los negocios durante el verano. Su risa, espontánea, hace innecesaria cualquier pregunta en ese sentido. Van Dong me toma del brazo: «¡Ah, amigo mío; dichosa guerra, dichosa guerra!», y lo dice en el mismo tono que emplearía un campesino de nuestro país para ha-

blar de la tormenta. Sin embargo, nunca antes había yo sentido, como cuando él la escupe, hasta qué punto esa palabra, «guerra», con tres o cuatro «erres», es, en realidad, una onomatopeya en la que suenan claramente los golpes, los sufrimientos y la estupidez humana.

Martes 26.—Salida al amanecer con rumbo a Nam Dinh, capital de la provincia del Sur del Delta, treinta y tres veces bombardeada en los cinco últimos meses. En este amanecer pasado por agua, la periferia de Hanoi presenta un aspecto lastimoso: la escuela politécnica, el taller nacional de reparación mecánica, la estación del Sur; todo está destrozado, ennegrecido, hecho añicos. Y por las calles camina presurosamente un pueblo atareado.

Los cigarrillos «Dien Bien»

Uno de los principales objetivos de la US Air Force es la ruptura de las comunicaciones. Nunca, a lo largo de un cuarto de siglo, había visto tanta actividad, tanto tráfico en la carretera nacional número 1 como hoy, que el cielo está cubierto y los aviones del enemigo no pueden entrar en acción. Hay que evitar continuamente los baches, y el tráfico avanza traqueteando.

Phu Ly, a cincuenta kilómetros, es... Pero, ¿dónde está Phu Ly? Ha

desaparecido una ciudad, y los vestigios que de ella quedan están ya recubiertos por la prodigiosa vegetación tropical. Sigue en pie un quiosco de periódicos, en el que puede verse un letrero anunciando los cigarrillos «Dien Bien», así bautizados en recuerdo de la histórica batalla de 1954. Este recuerdo histórico en medio de las ruinas resulta totalmente irrisorio.

Llegamos a Nam Dinh, pero no nos alojaremos en la ciudad, mejor dicho, en lo que queda de ella, sino en una espléndida pagoda rural a siete u ocho kilómetros de la capital. En cuanto cae la noche comprendemos perfectamente por qué hemos venido a dormir aquí: desde las ocho de la tarde hasta las cuatro de la mañana del día siguiente, las sirenas suenan cuatro veces. Aquí, bajo los bambúes y las arcas, las alarmas resultan por lo menos soportables. Pero, ¿qué será en la ciudad?

Miércoles 27.—Tres horas después pudimos ver los resultados de dos bombardeos efectuados, poco antes de medianoche, sobre los barrios obreros. El primero había abierto un cráter de quince metros de diámetro en el emplazamiento de una casa habitada por una familia china de seis personas, y de la que queda como único rastro una camilla ensangrentada.

Más lejos, una docena de casas, las únicas que seguían en pie en el barrio de los artesanos, han sido arrasadas. Sobre los escombros, un viejo vietnamita. En su familia no ha habido ningún muerto: sus hijos habían sido evacuados, su mujer y él estaban en el refugio. Sin embargo, ¡qué estupor se reflejaba en su cuerpo aterido!

Excepto entre los que se aproximaban a la casa china completamente derruida, el único rostro realmente afectado que vi aquella mañana fue el de aquel viejo. La reacción general frente a todo este disparate es una especie de burlón desafío. Nam Dinh ha quedado destruida en un 70 por 100: en un 90 por 100, por lo que respecta a los edificios de interés público, económico; han sido evacuados además los dos tercios de la población, pero los americanos continúan bombardeándola. Prácticamente no quedan más que voluntarios, a los que ya nada arredra. ¿Entonces?

Durante generaciones, Nam Dinh fue sede de la industria algodonera, la única actividad industrial digna de tal nombre, junto con las explotaciones carboníferas de Honguy, que crearon los colonizadores franceses en la Indochina. Cinco hectáreas de edificios, diez mil obreros, casi la totalidad de la producción nacional. De todo esto no queda más que un montón informe y calcinado, que ya comienzan a recubrir las plantas. «Sí —dice mi guía—, disfrutamos de un clima benigno...». Así es el humor vietnamita. Un poco más allá aparece la

catedral destripada. Cuatro enormes cráteres inundados delante y en torno al atrio. Dos de estos cráteres se han convertido en preciosos estanques adornados por correhuelas japonesas, en los otros dos todavía se distingue la herrumbre. «Los primeros son cráteres Johnson —me explica el guía—. Los segundos, cráteres Nixon...». Los primeros datan de antes del 30 de marzo de 1968, y han tenido tiempo de florecer. Los otros son muy recientes.

Así vamos por Nam Dinh, de ruina «Johnson» en ruina «Nixon», reconociendo que el trabajo del segundo es mucho más eficaz, y que si los «viejos» bombardeos a veces dejaban uno o dos pisos en pie, los nuevos lo arrasan todo. Ante la escuela técnica Seku-Turé, chatarra y escombros, uno de mis acompañantes insinúa: «¿Qué pensarán los soviéticos cuando vean esto?». Pero Nixon fue también recibido en Pekín. «Es verdad. Sin embargo, los chinos tenían motivos más urgentes para recibirle. Además, Nixon fue a Pekín antes de la última escalada, antes de la guerra de exterminio...».

La expresión «irse de...»

Mi presencia, la presencia de un europeo, entre la gente hace circular una palabra pronunciada en tono de interrogación: «¿Cui-Ba?», «¿Cu-

bano?», se preguntan. Me explican que hace algún tiempo habría oído otra palabra, «¿Lien-Xo?», «¿Soviético?». Ahora la gente prefiere imaginar que el amigo es alguien que viene de La Habana. Las palabras de Fidel Castro le inspiran más confianza que las de Brejnev. Fidel no invita a Nixon. Así que pasaría por cubano si mi intérprete no rectificase (¿con pesar?): «Phap», francés. La aclaración sorprende un poco, pero no ahuyenta a la gente.

Lo que cuenta no son estas variaciones psicodiplomáticas, sino la actitud de este pueblo, lo que antes se llamaba «moral». Inimaginable. Yo había hablado mucho del estoicismo vietnamita, de la irreductible capacidad de resistencia y sufrimiento de este pueblo tan frágil, que a la gente sería le parecía tímido. Yo había hablado de todo esto, pero desde lejos. Pero es preciso venir aquí, mezclarse entre esta gente, ver estos cráteres abiertos por las bombas para comprender que esto no es estoicismo, sino más bien un tipo de desafío en el que se combinan una ductilidad física y psíquica sin límites y una irresistible propensión a la ironía. Los vietnamitas están reinventando la expresión «irse de...».

Jueves 28.—Circulamos cerca de dos horas sin ver más que uno de los más hermosos paisajes del mundo, el de Nam Ha: arrozales, colinas, búfalos y cocoteros. Un bache

peor que los que nos hemos encontrado hasta ahora, tres setos de bambú gigante, y henos en presencia de la «algodonería»: es decir, una décima parte de la fábrica pulverizada de Nam Dinh. Aquí trabajan actualmente 1.200 personas, entre obreros y cuadros, distribuidos entre talleres y chozas. La actividad es casi febril. «La producción ha aumentado un nueve por ciento desde hace un año», nos dice el responsable.

Es el «So-Tan», la dispersión. Así, antes de instalar sus ciudades en el campo, los vietnamitas han instalado allí sus fábricas y con un éxito tal que puede considerarse ésta una solución para el futuro. Los obreros y, sobre todo, las obreras, a quienes hemos interrogado, parecen favorables en su mayoría al mantenimiento de esta forma de producción.

Siete iglesias de golpe

Viernes 29.—Durante cinco días he visto inclinarse sobre Vietnam el rostro ruin de la barbarie, el que se obstina en triturar las ruinas de Nam Dienh y de Phu Ly. Pero hoy, en Phan Diem, he tenido la impresión de bajar un peldaño más por la escala del disparate criminal. Aquí, en Phan Diem, el 25 de julio, primero, y luego el 15 de agosto, la US Air Force aplastó con sus bombas el mayor centro de peregrinación del catolicismo vietnamita, destripó siete iglesias levantadas en un espacio inmenso, bien delimitado y visible a varios kilómetros de distancia, entre ellas, la catedral, obra maestra del sincretismo estético, frenética pagoda de volutas, repliegues y curvas, dragón de piedra rematado por una cruz.

¿Para qué todo este destrozo? ¿Para castigar a ochenta mil católicos por haberse quedado en el Norte? ¿Para apartarlos del régimen, dejarlos sin iglesia, para preparar un nuevo éxodo? Resultado de todo ello ha sido un mayor acercamiento entre la Iglesia y el Poder, un alistamiento masivo de los jóvenes católicos en el Ejército popular. Los treinta muertos y cien heridos del 15 de agosto (sí, el 15 de agosto, día de la Asunción, ¡qué refinamiento!), las ruinas de las iglesias de Phan Diem, no son sino la rúbrica de esa política de bombardeos que sólo está consiguiendo fomentar la tenacidad de este pueblo maltratado.

Sábado 30.—A las once soy testigo de un bombardeo sobre Hanoi, no llevo más que unas horas en la capital norvietnamita, a donde he llegado procedente a Phan Diem, y ya me veo obligado a correr al refugio. La crispación de los pocos extranjeros del hotel que hemos bajado al abrigo contrasta con las risas de las camareras; para los vietnamitas, Nixon es un personaje totalmente ridículo... ■ J. L.

Nam Dinh (Vietnam del Norte), destruida.

